

CAMBIOS Y PERMANENCIAS EN EL PROCESO DE ALIMENTACIÓN FAMILIAR*

Como citar este artículo:

Franco, Sandra Milena. 2013. Cambios y permanencias en el proceso de alimentación familiar. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia* 5: 83-105.

SANDRA MILENA FRANCO PATIÑO**

*Recibido: julio 19 de 2013
Aprobado: septiembre 9 de 2013*

RESUMEN: El presente artículo analiza el modo en el que las familias rurales del municipio de Marmato (Caldas, Colombia) sostienen la ideología y las prácticas tradicionales de género en torno al trabajo de cuidado alimentario en el ámbito del hogar y las tensiones familiares que modifican los fundamentos de la división sexual del trabajo; a fin de comprender las situaciones o los aspectos que modifican las relaciones entre los sexos y la construcción de las identidades. Para ello, la recolección de información combinó diversas técnicas cualitativas: entrevistas a grupos familiares, observaciones de los procesos de alimentación en el hogar y registro del tiempo —diferenciado por sexo y edad— en la ejecución de las tareas asociadas a estos.

Los resultados evidencian que en la función socializadora de las familias existe un *continuum* de ideologías y prácticas que reproducen y modifican el *modelo* de división sexual del trabajo que sostiene las desigualdades de género. Las condiciones políticas y socioeconómicas del contexto de carácter tradicional mantienen la ideología del cuidado alimentario como tarea central y casi exclusiva de las madres/ esposas, al igual que la atribución de la responsabilidad de formar y preparar a los sujetos para insertarse en la vida social. Como proceso

* Este artículo es una versión resumida del capítulo 10 de la investigación doctoral de la autora denominada: "El sostén de la vida. La alimentación familiar como trabajo de cuidado. Un estudio en Marmato (Colombia)", finalizada en el 2013.

** Docente investigadora, Departamento Estudios de Familia. Universidad de Caldas. Doctora en Ciencias Sociales, FLACSO (Argentina). E-mail: sandra.franco@ucaldas.edu.co.

dinámico, la reproducción sociocultural se ve confrontada por situaciones particulares de vida y reordenamientos en la organización familiar y social que impelen a los sujetos y a los grupos familiares, a generar formas de actuación que distan del orden y los aprendizajes normativamente instituidos.

PALABRAS CLAVE: familia, género, trabajo de cuidado, alimentación.

CHANGES AND STAYS IN THE PROCESS OF FAMILY FEEDING.

ABSTRACT: This report aims to analyze the consistencies and changes in the gender-specific ideology and practices regarding the planning, organization and delegation of tasks required in the process of preparing food for the household among rural families of Marmato (Caldas, Colombia). The main objective herein is to understand the situations or the issues that give rise to changes in gender relations and the creation of masculine and feminine identities. The research conducted, combined various techniques for collecting qualitative information to include, interviews with family groups, observations of the different processes of food preparation at home and recording the amount of time spent by each family member to complete their specific tasks assigned to them based on their age and gender.

The results show that in the socialization function of the family, there is a continuum in both ideologies and practices that reproduces and modifies the model of gender-based division of labor which maintains gender inequalities. In the context of the study, the traditional character of political, economic and social conditions maintained the ideology of house work, such as cooking and caring for the family. However, the cultural reproduction of social life is confronted by particular life situations and rearrangements in family and social organization, which require that individuals and families generate forms that are different that the learning to introduced.

KEY WORDS: family, gender, care work, feeding.

INTRODUCCIÓN

La alimentación en la esfera del hogar constituye uno de los procesos más significativos de la vida familiar. Alimentar una familia demanda llevar a cabo una serie de trabajos que, aunque no estén en la esfera del mercado y se realicen sin remuneración económica a cambio, constituyen pilar del bienestar individual, familiar y social. Desde esta perspectiva, se plantea que las tareas asociadas al proceso de alimentar una familia constituyen un *trabajo de cuidado*, por cuanto este proceso implica una actividad y una relación (Zelizer 2009; Tronto 1993; DeVault 1991).

Como actividad, la organización, la distribución y la delegación de tareas alimentarias entre los miembros del grupo familiar según diferencias de edad, sexo y posición se fundamentan en la concepción clásica de la división sexual de los trabajos; es decir, son labores jerárquicas y generizadas que dan cuenta de la identidad y de los roles de género socio-culturalmente instituidos. Como relación, alimentar una familia constituye una forma de cuidado de los miembros del grupo orientada a satisfacer la necesidad de supervivencia (nutrición orgánica) y la necesidad de afecto (nutrición emocional), para que las personas estén bien (condiciones de salud) y se sientan bien (atendidos, queridos, tenidos en cuenta). El marco de relaciones y afectos que suponen los vínculos parento-filiales otorgan características y lógicas particulares a la ejecución de tareas alimentarias en el hogar, por lo que alimentar connota un acto simbólico de creación, expresión y sostenimiento de emociones y vínculos entre parientes.

El proceso de alimentación familiar es complejo. Contempla el acceso a los alimentos, conservación, preparación y consumo de la comida, hasta la limpieza de las sobras (Mennell et al. 1992; Gracia 1996; Contreras y Gracia 2005). La transformación de alimentos en comida requiere de una serie de tareas, actividades, tiempos y recursos, en el que se expresan una serie de aprendizajes y saberes que dan cuenta no solo de un conocimiento referido a la selección y combinación de alimentos según la cultura, sino también, de valoraciones y creencias asociadas con respecto a: quiénes deben hacer tal labor; quiénes deben comer cierto tipo de alimentos; y los privilegios o derechos de los miembros del grupo.

Desde esta perspectiva, este trabajo se propone analizar el modo en que las familias rurales del municipio de Marmato¹ (Caldas, Colombia) **sostienen** la ideología y las prácticas tradicionales de género en torno al trabajo de cuidado alimentario en

¹ Marmato se ubica en el centro occidente colombiano (ver mapa 1), al noroeste del departamento de Caldas, a una distancia de 142 km de Manizales, la capital del departamento. Se caracteriza por ser un municipio mayoritariamente rural. El 86 % (7053) de su población se concentra en esta zona y el 14 % (1122) restante habita la zona urbana. Del total de la población, el 49 % son mujeres (3944) y el 51 % son hombres (4231). El 34 % de la población está en el rango de 4 a 14 años, el 60 % está entre 15 y 64 años, es decir, predomina una población adulta, económicamente independiente, mientras que el intervalo de 65 a 99 años reúne solo el 5.1 % de la población (DANE 2005).

el hogar, como también, **las tensiones familiares** que obligan a modificar diversas prácticas o a transformar una determinada ideología respecto a la división sexual del trabajo que soporta la delegación y ejecución de tareas en este proceso, con el fin de comprender las situaciones o los aspectos que dan lugar a cambios en las relaciones entre los sexos y en la construcción de las identidades masculinas y femeninas².

REFERENTE TEÓRICO

Esta investigación se inscribe en las discusiones teóricas propuestas por la economía feminista respecto a la necesidad de reconocer la existencia de al menos dos economías (Elson 1995): (i) la *economía de bienes* en la que las personas reciben un salario por vender su fuerza de trabajo a través de la que producen mercancías que se venden en los mercados o que se financian a través de impuestos, y (ii) la *economía del cuidado* o un “otro económico”, referida a aquellas tareas y actividades orientadas a satisfacer las necesidades más básicas y relevantes que hacen posible la reproducción social y la sostenibilidad de la vida humana (Carrasco 2001; Pérez 2004; Picchio 2005; Rodríguez 2005).

Desde la perspectiva feminista, el análisis de los cuidados implica considerar por lo menos tres dimensiones (Daly & Lewis 2000; Razavi 2007):

- Dimensión material que destaca la naturaleza, la lógica de relaciones que lo fundamentan como un trabajo —remunerado o sin remuneración—, los ámbitos de realización —familia, comunidad, mercado, Estado—, los sujetos que lo desempeñan y las condiciones en que se efectúa en comparación con otras formas laborales existentes.
- Dimensión ética o normativa que regula la provisión de cuidados —atribución/asunción, según patrones culturales—, el marco de obligaciones y relaciones en el que se inscriben —familiares, comunitarias, sociales— y el rol del Estado en la creación y sostenimiento de estereotipos y prácticas respecto a estos.
- Dimensión emocional que fundamenta los sentidos y los significados de cuidar, generalmente, anclados a una racionalidad en la que prevalecen las relaciones altruistas, de abnegación y amor incondicional, ideología esencialista que ha servido para privatizar y configurarlo como un campus feminizado.

² Los resultados que se presentan hacen parte de una investigación más amplia que desde los postulados teóricos de la economía del cuidado tuvo como objetivo general comprender las desigualdades sociales de género que se expresan en el trabajo de cuidado en el hogar.

Situada entre estos referentes, y con la pretensión de profundizar en los diversos componentes del cuidado familiar, esta investigación plantea que el proceso de alimentación que llevan a cabo las familias en el ámbito del hogar es un trabajo de cuidado. En esta perspectiva, se introducen algunos aspectos escasamente abordados en los análisis de los trabajos acerca de cuidado en el hogar. En primer lugar, se considera al cuidado *indirecto* que se provee a *personas dependientes y no dependientes* en la familia, toda vez que la alimentación familiar se orienta a la totalidad de los integrantes del grupo —aunque varíe la cantidad, el tipo de alimentos, la calidad y la frecuencia con la que se ofrece a sus miembros—. Considerar el cuidado indirecto de dependientes y no dependientes (como los hombres adultos) que se da a través de la alimentación permite debatir la consideración de que esta es una actividad instrumental (Esquivel s.f.: 2), que no tiene un contenido relacional y, por tanto, es más fácilmente sustituible en el mercado. En oposición a ello, este estudio evidencia que el proceso de alimentar una familia cobra sentido y significado por el marco de relaciones parentales en el que se inscribe que, además de configurar una especificidad para esa forma de vida llamada familia, constituye un factor de distinción respecto a otras prácticas sociales (DeVault 1991); de ahí que, aunque las familias puedan resolver en el mercado su necesidad de alimentación, esta cobra otro tipo de significaciones afectivas y emocionales a las que connota el proceso en el grupo familiar.

En segundo lugar interesa destacar el *trabajo* —no como empleo— que hace posible la transformación de los alimentos en comida, para identificar las características y las lógicas particulares de este cuando se realiza en el hogar, para la familia y sin remuneración alguna. En tercer lugar y, aunado a lo anterior, se analiza *la dimensión subjetiva y afectiva* que constituye y media la realización de tareas alimentarias como una forma de cuidado familiar; más aún, si se tiene en cuenta que los afectos y el amor que supone los vínculos familiares configuran relaciones de desigualdad, que pasan desapercibidas por los actores participantes de tal relación. Cuarto, se problematiza el trabajo de cuidado cuando se desarrolla en *contextos rurales* caracterizados por la superposición del trabajo de producción, reproducción y consumo.

MATERIALES Y MÉTODOS

Entendida como paradigma y como método, la etnografía constituyó la opción metodológica que fundamentó el acercamiento al fenómeno, la recolección y el análisis de información y elaboración textual. La residencia y la permanencia prolongada en las zonas de estudio, la observación de la cotidianidad y el desentrañamiento de los significados que los actores otorgan a sus modos de organización familiar y social, son estrategias propias de este método, las cuales permitieron observar sistemáticamente las prácticas, los comportamientos, las actividades, las tareas y las relaciones de los

miembros de las familias y la comunidad en su cotidianidad en torno a situaciones alimentarias —estructuradas y no estructuradas—, en días típicos y atípicos, celebraciones excepcionales y ordinarias³.

La situación de *observación y relevamiento de información* fue el proceso de alimentación entendido como el conjunto de tareas y actividades que los miembros de las familias realizan para procurar su alimentación cotidiana. Este cubre desde el acceso, la conservación, la preparación y el consumo de alimentos hasta la limpieza. El uso del tiempo, las personas responsables y participantes de las tareas y las actividades que caracterizan esta labor, espacios, relaciones y significados, fueron los aspectos considerados en las observaciones, las entrevistas familiares y los grupos focales. Los datos que se presentan en este trabajo corresponden a la información de las entrevistas familiares y las observaciones de campo (Tabla 1).

Tabla 1. Número de entrevistas familiares según tipología por zona de estudio, municipio de Marmato (Caldas, Colombia).

Vereda	Nuclear	Extensa	Monoparental	Unipersonal	Total
El Llano	6	1	3	1	11
La Cuchilla	6	1		4	11

Fuente: elaboración propia por parte del autor.

La *observación participante* fue realizada en visitas familiares⁴ y en eventos comunitarios durante los primeros meses de inserción en la zona. La información obtenida en las primeras observaciones condujo a focalizar la observación en los procesos de preparación y consumo por ser los momentos que demandan mayor inversión de tiempo y donde hay mayor interacción entre los miembros de la familia. Igualmente, basada en los registros de diario se efectuaron *las entrevistas* a las familias⁵, los actores institucionales del ámbito comunitario y municipal.

³ El trabajo de campo etnográfico se llevó a cabo durante los meses de agosto a noviembre del 2010, con residencia permanente de la investigadora en dos veredas (división político/ territorial para las áreas rurales) del municipio: vereda La Cuchilla y vereda El Llano.

⁴ Las visitas familiares son una técnica privilegiada en el trabajo con familias. Esta técnica permite constituir y mantener de manera directa y participativa una relación entre el grupo familiar y el investigador o agente educativo, además tiene diversos propósitos según el interés que oriente la acción profesional: obtener y entregar información; intercambiar conocimientos; analizar situaciones problemáticas objeto de intervención; planear y hacer seguimiento a hábitos y prácticas (Cuaderno de familia 1996).

⁵ Se denominan entrevistas familiares por cuanto se efectuaron con la participación de todos los convivientes en la unidad doméstica, incluyendo niños y niñas mayores de 10 años, toda vez que se reconoce que en el contexto rural los hijos e hijas se vinculan desde muy temprana edad a trabajos productivos y reproductivos. El propósito de esta entrevista colectiva era acceder a la ideología que hombres y mujeres de diversa edad poseen respecto a la alimentación entendida como un trabajo de cuidado para conocer su participación y percepción de las tareas domésticas alimentarias y como una forma de evidenciar las relaciones entre los miembros.

Adicionalmente, se realizaron *grupos focales* separados por hombres y mujeres para tratar de entender los imaginarios colectivos que ambos grupos de población tienen respecto a la alimentación familiar como trabajo de cuidado. El grupo focal permite captar la esencia de discursos en el plano social, mientras que las entrevistas captan los discursos individuales con base en la experiencia de vida personal y familiar.

Dado que la familia constituye unidad de observación y unidad de análisis, la sistematización y la construcción de los datos se efectuó por tipologías familiares, según conformación del grupo y los roles⁶ parentales, sexo (esposos/a, hermano/a, tío/a, suegra, nuera, yerno, hijo/a). Además, de acuerdo al rol y la posición que se ocupe al interior de la familia, se construyen funciones, identidades y expectativas distintas. Un mismo actor puede construir diversos significados de una misma experiencia según el rol desde el cual se sitúa, ya que no es lo mismo hablar como padre, que como esposo o hermano. En cada uno de esos lugares, su ideología y práctica es diferenciada porque la experiencia y las interacciones esperadas en cada relación ubican lógicas de acción de género también disímiles.

Desde esta óptica, un análisis diferenciado por tipologías familiares muestra las tensiones y los conflictos que emergen en la manera tradicional de organizar y distribuir las tareas alimentarias en el hogar, así como las negociaciones entre las generaciones en torno a los trabajos requeridos para alimentar una familia. Los modos de resolución de estas tensiones permitieron evidenciar las continuidades o los cambios en las concepciones y las prácticas de género en torno al trabajo de cuidado alimenticio.

RESULTADOS

Las relaciones de género en torno al trabajo de cuidado alimentario en el hogar expresan tensiones y conflictos con el modelo hegemónico de división sexual del trabajo. Se utiliza la figura de *tensión* para dar cuenta de la lucha de fuerzas entre los diversos factores que intentan, por un lado, reproducir y sostener el modelo de reparto de tareas y el papel que hombres y mujeres de diversa edad deben cumplir en cada fase del proceso de alimentación en el hogar conforme al ordenamientos social y, por otro, deconstruir y reconstruir el modelo para que se ajuste a las nuevas necesidades, intereses y significaciones individuales, requerimientos familiares y de contexto. Esta lucha de fuerzas por sostener/erosionar/rearmar el modelo, adquiere un carácter dinámico, tensiones latentes que en su confrontación y en la búsqueda de mecanismos de resolución avanza hacia el propósito por alcanzar mayor igualdad familiar y social en los aspectos fundamentales de la vida humana.

⁶ El concepto de rol trasciende la mirada funcionalista/determinista. Se entiende como aquello que el actor hace en relación con otros, mediado por la interacción y el lenguaje, en el que además de la estructura social intervienen las propias significaciones construidas por el sujeto en cada contexto particular para definir su papel y su actuación que se mueve entre lo determinado y lo decidido.

Las tensiones de la división sexual del trabajo de cuidado alimentario en las familias en estudio son de dos órdenes. Primero, una tensión entre el aprendizaje obtenido de la división sexual del trabajo versus la enseñanza prodigada a través de la socialización familiar. Esta tensión es vivida mayoritariamente por las madres como responsables de educar y formar las nuevas generaciones; son ellas quienes empiezan a cuestionar cierto tipo de creencias y a introducir nuevos patrones de comportamiento que generen en el largo plazo una modificación a la ideología dominante. Segundo, una tensión entre la ideología y la práctica del trabajo de cuidado alimentario; es decir, entre el deber ser y lo que es. Las contradicciones entre el sistema ideológico y de creencias sociales, así como las situaciones concretas de la cotidianidad que irrumpen la vida individual y familiar que obligan a actuar, en ocasiones, contrario a las convicciones. Esta tensión es vivida principalmente por los hombres quienes, al verse obligados a migrar a otros lugares de trabajo o vivir solos, se ven abocados a aprender y desempeñar tareas que consideran no son propias a su naturaleza.

Tensión entre el aprendizaje obtenido de la división sexual del trabajo versus la enseñanza prodigada a través de la socialización familiar

Una de las principales funciones de la familia es la socialización en perspectiva individual y estructural (Berger y Luckmann [1968] 2001; Restrepo 1999). Individualmente, se espera que mediante la socialización los sujetos construyan y adquieran su identidad de género y que internalicen las normas culturales necesarias para insertarse y actuar en los diversos ámbitos de la sociedad. En la perspectiva estructural, la socialización es el proceso por el cual se da el aprendizaje de la cultura, la sociedad transmite valores y creencias que mantienen la tradición a la vez que constituye el escenario para modificar y cambiar pautas de relación e interacción para que sean favorables al desarrollo humano. Acorde con la función socializadora, las familias forman a hombres y mujeres en aquellos aspectos que consideran esenciales para el despliegue de su vida. Uno de estos aspectos concierne a los saberes en torno a la cultura alimentaria⁷ y a la organización de tareas alimentarias.

Al comparar los modelos de enseñanza/aprendizaje que los grupos familiares en estudio recibieron de sus familias de origen y los que ellos promueven en sus familias de procreación respecto a la forma de organizar y delegar tareas alimentarias se encontró que los hogares constituidos por generaciones adultas mayores conservan gran parte del aprendizaje adquirido en su familia de origen y desde esos patrones lo socializaron a su parentela; mientras que los hogares conformados por parejas jóvenes,

⁷ Desde el momento del nacimiento y durante la primera etapa del desarrollo, las familias enseñan los alimentos que deben consumirse (construcción cultural del gusto), las creencias en torno al consumo (alimentos adecuados para cada edad y sexo, la estructura, personas y momentos de consumo), las personas responsables de las tareas alimentarias, entre otras.

si bien en la gran mayoría de los casos fueron formados desde cánones conservadores, en su familia de procreación introdujeron modificaciones a ciertos comportamientos o creencias por estar en desacuerdo con ellos, al considerarlos inadecuados o injustos para su vida propia y la de otros. Esta oscilación entre la reproducción acrítica de lo aprendido en las familias de origen y la enseñanza reflexiva con la familia de procreación da cuenta de tres tipos de socialización: diferenciada por género; compartida entre los sexos; forzada por el contexto.

Tabla 2. Modelos de socialización en torno a las tareas alimentarias en las familias de origen y las familias de procreación de las veredas La Cuchilla y El Llano, municipio de Marmato (Caldas, Colombia).

FAMILIA DE ORIGEN	FAMILIA DE PROCREACIÓN	
	40 años y más*	Menos de cuarenta años*
Diferenciados por género	Conservación de la tradición.	Confrontación discursiva al modelo; delegación de tareas contraria a la norma.
Socialización compartida entre los sexos	No es concebida en el pensamiento, ni efectuada en la práctica.	La ideología conserva rasgos de la tradición y en la práctica se procura por relaciones igualitarias entre los sexos.
Forzada por el contexto	Hombres aprendieron y asumieron tareas alimentarias durante la infancia o la adultez.	Hombres asumen tareas domésticas al enfrentarse a nuevos contextos sociales u obligados por la situación.

* Refiere a los progenitores o adultos (h o m) que encabezan o lideran el hogar.

Fuente: elaboración propia por parte del autor.

Socialización diferenciada por género

Corresponde particularmente a algunas familias extensas, conyugales y fraternales que han terminado su proceso de crianza con los hijos/as —ahora adultos—, quienes *reprodujeron* y *reproducen* el modelo de división sexual del trabajo (público/masculino; privado/femenino) sin cuestionamiento alguno, al considerar que así deber ser, porque así siempre ha sido. En este modelo, el aprendizaje de tareas alimentarias era fundamental y esencial a la identidad femenina, de ahí que a las mujeres desde temprana edad se les exige vincularse y ejecutar diversas actividades en las diversas fases del proceso de alimentación. El *aprender haciendo* constituye la estrategia para adquirir saberes sobre los recursos y la cultura alimentaria, procesos,

preparaciones y cuidado alimentario familiar. Se mantiene y refuerza la dependencia cultural de los hombres del cuidado alimenticio al excluirlos/eximirlos de tareas alimentarias, de las que no participan ni por delegación, ni por decisión propia ante eventos familiares que se lo demanden.

¿Ud. por qué le enseñó a sus hijas mujeres a hacer de comer y a su hijo no? Madre [65 años, tuvo dos mujeres y un hombre]: porque él... cómo le digo yo, porque cómo no había necesidad, porque habían mujeres en la casa' (Registro diario de campo, agosto 19 de 2010, FaBeSa, conyugal, LaCu⁸).

¿Usted le enseñó a hacer de comer a su hijo? Madre [48 años, tiene un hijo de 29 y una hija de 21]: No, porque uno a un hombre nunca le enseña... y mi esposo menos que hace, yo hago lo mío y él hace lo de él por fuera. ¡Ah no!, él [su esposo] no sabe hervir un agua, pa' que voy a decir... pues a mí me parece que está bien así porque a él nunca lo enseñaron y no se enseñó a hacer una aguapanela ni nada. Él dice que no, que eso no es destino de él que ellos no se meten a la cocina y no saca siquiera cuando yo no estoy, porque yo le he dejado hecho y cuando llego por la tarde ahí está conforme le dejé, prefiere no comer por no servirse hasta que yo llegue (Registro diario de campo, agosto 21, 2010, FaCaBe, nuclear, salida de los hijos, LaCu).

No, mi mamá no me enseñó a cocinar, noooo es que en mi familia eran 7 mujeres y con mi mamá 8, así que a mi mamá le daba pena que nosotros hiciéramos de comer, se sentía desplazada habiendo tantas mujeres (FaOrRa, nuclear, expansión, padre/esposo, 39, EILla).

Aunque este modelo es prevalente en la ideología cultural de las zonas y en algunas de las familias de procreación de nuestro estudio, presenta variaciones en el grado de persistencia donde las confrontaciones discursivas y del actuar están siempre latentes.

Las familias nucleares en ciclo familiar inicial, escolar o adolescente conformadas por progenitores jóvenes (entre 16 y 38 años), confrontan discursivamente los esquemas de este modelo a la luz de los cambios sociales y de las necesidades e intereses de sus vidas. Por lo general, son las mujeres quienes cuestionan la exclusión de los hombres de las labores domésticas o alimentarias. Como mecanismo para romper con estos prototipos, en la cotidianidad distribuyen tareas domésticas y alimentarias entre sus hijos varones y hembras, aunque esto connote conflicto con su pareja. Sin embargo, parece ser que los contenidos ideológicos del sistema social tienen mayor peso en la estructuración del pensamiento de los sujetos, pues aunque en la vida cotidiana llevan a cabo acciones que contradicen la norma dominante, la ideología social se preserva.

⁸ La identificación de los relatos corresponde a las iniciales de los apellidos de las familias, el tipo de conformación y la vereda.

Por lo menos, así se evidencia en los discursos que los hijos e hijas de estas familias expresaron, quienes al ser consultados directamente por su concepción respecto a las tareas de alimentación, responden a las creencias y al imaginario social establecido, pese a que en su cotidianidad viven y participan de otro ordenamiento tal y como lo ilustra el siguiente relato:

[Madre, 38] Yo le enseñé a S [hijo, 14] a hacer de comer porque un día él se metió la cocina y yo le decía así se hace... y él aprendió, a ella [hija de 12 años] ahí le estoy enseñando porque no hay quien haga meterla a la cocina, caso es como él (S) que desde pequeño decía quiero aprender a hacer tal cosa, o sea, él pedía que uno le enseñara, ella no. Y con S [hijo, 7] está muy pequeño todavía no le enseño porque me da miedo que le pase algo... Mi esposo nunca se ha metido a una cocina, mejor se muere de hambre (risas), no porque a él siempre la mamá y las hermanas le hicieron y así se enseñó [...].

Y uds qué opinan, quiénes deben preparar alimentos en una familia?
[Hija, 12]: Las mujeres, a mí no me parece que los hombres cocinen, porque los hombres en la cocina huelen feo [dicho popular].

[Hijo mayor, 14]: Eso es también dependiendo del esmero que le coloque uno al hacer la comida, porque se vea muy feo, un hombre puede hacer lo mismo que una mujer. A mí no me da pena hacer destino [así le dicen a hacer tareas domésticas] ni nada, porque a mí me enseñó mi mamá, entonces por eso, porque si no, yo no hacía nada, por eso yo cocino (FaBeMu, nuclear, escolar/adolescente, LaCu).

Nótese que conforme lo indicó la madre, el hijo destaca que prepara alimentos con cierta regularidad como una forma de ‘ayudarle’ a su mamá, pues además de las labores domésticas ella es empleada de un hogar comunitario. La vivencia y los significados que el hijo construye sobre su participación en esta tarea le permite decir que lo relativo a la cocina y los alimentos puede ser realizado tanto por hombres como mujeres; contrariamente, su hermana menor pese a que hace tareas alimentarias como parte de las obligaciones familiares e interactúa y se beneficia de los alimentos cuando los prepara su hermano, sostiene la ideología social dominante, que no es la misma que se le ha enseñado. Esta representación social sobre la tradición del deber femenino en las tareas alimentarias fue expresada de manera similar por los jóvenes en el grupo focal. Ante la pregunta de quiénes *deben* encargarse de la alimentación en la familia, mayoritariamente hombres y mujeres indicaron que: las mujeres; aunque *en la práctica* ante la ausencia de la madre o por ser todos varones se ven obligados a participar del proceso de alimentación (preparan, sirven alimentos a sus hermanos, limpian la cocina). Así, prevalece la idea de considerar que esta práctica es propia del rol maternal, son ellas quienes tienen más conocimiento y a quienes les queda

mejor preparada la comida; cualquier otra participación de hijos, hijas o parientes es asumida como ‘colaboración’, más no como ‘obligación’. Esta distinción es decisiva, por cuanto solo las obligaciones son las que se consideran adscritas a las identidades de los sexos.

Además de delegar tareas alimentarias a hijos e hijas, las madres de estas familias nucleares de parejas jóvenes, también han modificado la práctica de enseñar a las hijas lo relativo a la alimentación como aspecto fundamental. Actualmente, no enseñan a temprana edad a preparar alimentos, ni se les impone como parte de la construcción de su identidad. En la edad escolar se les delega algunas tareas básicas (limpieza de la cocina, pelar alimentos, moler) y en la edad adolescente les otorgan tareas de mayor responsabilidad como preparar algún alimento, en forma ocasional y no permanente, como sí ocurría anteriormente con las familias rurales. La ampliación de las oportunidades para el ingreso de las mujeres a la educación⁹ y el acceso a niveles superiores de formación parece ser uno de los factores que explican este cambio; no solo porque una de las metas de éxito familiar es que sus hijos e hijas logren ser profesionales como una opción para ‘salir del campo’ y ‘vivir mejor’, sino también porque muchas madres desde su experiencia sienten una frustración al haber tenido el deseo de estudiar y no haber contado con el apoyo de sus familias de origen para lograrlo. En este sentido, las madres sienten una obligación superior de apoyar a sus hijas para que accedan a otras oportunidades y la manera de hacerlo es desligándolas de la obligación que supone el trabajo alimentario.

En ambas veredas, particularmente las madres jóvenes de familias nucleares o mujeres adultas, reconocen el papel que cumplen en la modificación de la ideología predominante de género a través de la educación que ellas ofrecen; en consecuencia, al enseñar y delegar labores alimentarias a los hijos buscan que ellos lo interioricen como práctica de vida y que se refleje en una co-participación en las tareas del hogar en sus relaciones de pareja y, sobre todo, cambie la concepción ‘machista’ que sostiene la diferenciación de tareas por sexo.

Yo pienso algo y es que eso viene desde el hogar, porque si usted tiene dos hijos hombres, como el ejemplo mío que son varoncitos, pero si yo los enseño desde pequeños a hacer en una cocina obviamente ellos se van a enseñar y se van a levantar con esa idea de saber hacer en una cocina, lo que hay en partes que no los enseñan, yo les enseño, por eso yo digo que muchas veces sí viene del hogar, porque si no los enseñan ellos cómo van a aprender (FaCoBe, nuclear, adolescente, madre/esposa, 38, LaCu).

⁹ Desde la década del 90 del siglo XX y con el apoyo del Comité de Cafeteros en el mejoramiento de infraestructura en las zonas rurales, se aumentó la presencia de instituciones educativas que ofrecen la secundaria básica completa directamente en el campo. Adicionalmente, los municipios hacen convenios con universidades para ofrecer formación técnica y profesional a distancia. En nuestro caso, el municipio de Marmato cuenta con formación técnica ofrecida por el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) en metalúrgica, metalmecánica y comercio; y la Escuela de Minas ofrece formación tecnológica en minería.

[Madre, 24] Si uno le enseña a cocinar a los hijos, de hecho yo al de aquí le estoy enseñando y a la niña mayor también, **si uno le enseña a cocinar a un hijo varón va a empezar a cambiar la mentalidad en esa generación** entonces cuando él se case no va a ver a la esposa como la sirvienta de la casa, sino que le va a decir ‘mi amor, yo te ayudo, yo también se’, o si los dos trabajan el uno cocina un día y al otro día el otro, yo creo que uno va ir cambiando esa mentalidad en ellos, de que no lo vean a uno a toda hora con cara de guisa... (FaBeTa, nuclear, escolar, Lla).

Nuevamente, la incorporación de esta práctica genera tensiones familiares y sociales por cuanto en las zonas hay una creencia generalizada respecto a que la vinculación de los varones a tareas alimentarias puede generar comportamientos que se contraponen a la imagen y a la identidad propiamente masculina; algunas madres, padres y personas adultas de la comunidad que se oponen a ello lo denominan como: ‘*le sale a uno raro*’, expresión utilizada para referirse a hombres que asumen comportamientos femeninos.

Socialización compartida entre los sexos

Este modelo de socialización corresponde a las familias de origen donde la distribución de las tareas en los procesos de alimentación, son comunes a hombres y mujeres independientemente de la edad. En tres de las cinco familias nucleares en el que se evidenció (dos familias de la vereda La Cuchilla y tres de la vereda El Llano), la familia de origen era monoparental femenina; allí la *madre* enseñó por igual a hombres y mujeres las tareas del hogar y promovió su participación activa en ellas. Acorde con este aprendizaje, los hombres y las mujeres que en su familia de origen se vincularon a tareas alimentarias consideran que estas deben ser compartidas entre ambos sexos, de hecho, estos hombres/esposos en su familia de procreación se involucran con más frecuencia en la realización de estas tareas y consideran que las cualidades, atributos y características para llevarlas a cabo no obedecen al sexo, sino a la persona que las realiza.

[Padre/esposo, 38] Sí, yo hacía, en mi casa me tocaba... por ejemplo a mí me asignaban los días domingos arreglar toda la cocina, todo lo que eran ollas, así de brillar... todo eso me tocaba a mí, lavar mesón, el día domingo esa era la tarea mía, todos los trastos que están en la cocina, las ollas que no se usan en la semana, todo eso se volvía a lavar el día domingo, y así una semana uno barría y el otro trapeaba que era mi hermano y yo, porque las mujeres eran más niñas.

G [madre/esposa, 35]: Eso le hace que él les enseñe a los hijos de él a ser así (FaMoAgui, nuclear, escolar, LaCu).

En otros casos, aunque en las familias de origen el modelo de socialización es diferenciado por sexo, cuando las personas conforman pareja modifican la práctica aprehendida de acuerdo con sus intereses y significados. La familia de procreación se convierte en la oportunidad para decidir y asumir nuevas formas de relación en donde los saberes y los trabajos alimentarios son comunes a las personas independientemente del sexo.

Mis hermanos no aprendieron a cocina porque éramos muchas mujeres... pero ahora con mis dos niños me gusta enseñarles, porque uno no sabe cuándo uno va a estar por fuera y entonces que sepan que hacer...por ejemplo él [hijo 13 años] es feliz cuando me hace el desayuno y me dice hágale desayune que es de manos mías, cocina muy chévere si ve. (FaCas, monoparental, escolar, madre, 33, EILLa).

Acorde con este nuevo pensamiento, los progenitores delegan responsabilidades relativas al proceso de alimentación a su parentela y los trabajos domésticos, alimentarios y de cuidado, que son considerados consustanciales a la vida familiar, por lo que deben ser asumidos por los adultos que han decidido formar una familia y no como algo meramente exclusivo de las mujeres.

Si bien en este modelo el trabajo doméstico alimentario debe y puede ser aprendido/desempeñado por hombres y mujeres, se mantiene la diferenciación por sexo y edad en el tipo de tareas y el grado de responsabilidad que se encarga. Durante la edad escolar (7-12 años) la delegación de tareas alimentarias y domésticas tiene el propósito de inculcar compromiso y disciplina para que se aprehenda que hay obligaciones por cumplir. La participación de niños y niñas está asociada mayormente a la fase de la limpieza por cuanto se consideran tareas de fácil realización, que demanda poco esfuerzo físico y poco tiempo; no obstante, al observar el tipo de actividades que se asigna, a los varones se les pide encargarse de la basura (botar o quemar los desechos, sacarlos a la calle), mientras que a las hembras se les pide que ordenen la cocina. Aunque también se les pide a los niños que laven los platos, la solicitud es menor.

En la transición hacia la adolescencia, la juventud y la adultez hay una leve modificación. Mientras la delegación y realización de tareas alimentarias aumenta para las mujeres, disminuye o se exime a los hombres. Durante la adolescencia hijos e hijas participan mayormente de la fase de preparación de alimentos —una de las más centrales del proceso—, por cuanto se considera que en esta edad el riesgo de accidentes es menor, al contar con capacidades físicas mínimas (altura, motricidad) para tener dominio y control del fogón de leña —que es el característico de la vereda La Cuchilla— o de la estufa de gas —en la vereda El Llano—. Además, al ser la etapa de transición entre la niñez y la adultez, hay una consolidación de comportamientos, actitudes y hábitos que fortalecen la identidad masculina y femenina. En consecuencia,

se enseña a preparar las comidas que constituyen la dieta básica de alimentación en la zona: arroz; frijoles; sancocho; sopas; jugos. A lo hombres, como aprendizaje básico que deben tener para 'que no sufran' y a las mujeres para que puedan saber 'como llevar un hogar'. A medida que avanzan hacia la edad adulta, los varones se niegan a hacer estas labores y a cambio aumentan su vinculación en tareas productivas (agricultura, minería) porque son demandados también por su padre o parientes, mientras que a las hijas mujeres se les aumenta la delegación, solicitándoles que ayuden más a las madres o las reemplacen en el cumplimiento de tareas cuando esta no está: preparar comidas (almuerzo/comida); servir alimentos; limpiar la cocina.

Socialización forzada por el contexto

Este modelo socializador corresponde en este estudio, particularmente, a *los hombres* que conforman hogares unipersonales, así como esposos de dos familias nucleares de la vereda La Cuchilla y un esposo de la vereda El Llano, quienes aprendieron conocimientos culinarios y de tareas alimentarias por la necesidad de supervivencia. Las dificultades vividas en la familia de origen (muerte o enfermedad de la madre, restricciones económicas) sumadas a la ausencia de hermanas mayores o parientes mujeres, forzó a algunos hombres a involucrarse en las tareas alimentarias durante su infancia. En otros casos, los hombres aprendieron a cocinar durante la edad adulta cuando migraron a otras zonas en busca de opciones laborales. En el nuevo lugar, con escasos recursos económicos, ante el requerimiento de alimentarse, viviendo solos o sin quien los atendiera, necesariamente debían preparar alimentos y encargarse de las tareas alimentarias. El aprendizaje de saberes alimentarios se obtiene por otros agentes socializadores distintos a la familia: amigos, conocidos, experiencia directa; aprendizaje que responde a una forma de adaptación a las situaciones concretas del contexto social, económico y personal. Sin embargo, una vez que se casan o existe alguna mujer que pueda hacer la labor, ellos dejan de hacerla.

[...] yo también sé cocinar porque desde muy pequeño yo salí de la casa y me tocó aprender y luego me fui a trabajar a Buenaventura... por un trabajo que me ofrecieron y yo era el que cocinaba hasta que me aburrí y me vine... FaCoBe, nuclear, adolescente, esposo/padre, 40, LaCu).

[...] cuando yo trabajaba en la policía me mandaron para Urabá y por allá me tocó aprender a cocinar, quiéralo o no, porque no había quien nos hiciera, lo que pasa es que uno se va dejando... (FaResGir, nuclear, adolescente, esposo/padre, 40, ElLla).

Este modelo de socialización parece disruptivo con el esquema de división sexual del trabajo, pero solo tangencialmente. Ideológicamente, para estos hombres

adultos efectuar tareas alimentarias es parte de las obligaciones asumidas como pareja y como familia, una forma de atender sus seres queridos, basado en sus *capacidades*, y en la autonomía del sujeto de querer y poder hacer cosas. No obstante, en la organización cotidiana de la vida familiar tan solo cuando las esposas deben ausentarse ellos participan con tareas alimentarias en su hogar: preparación o servida de alimentos para ellos y sus hijos pequeños. Únicamente, los hombres que viven solos (3) asumen esta labor de manera directa y continua por el imperativo de la necesidad de alimentarse; tan pronto como una familiar o mujer de la comunidad les ofrecen este servicio ellos ceden esta labor, aduciendo que la mayor experticia y el conocimiento de las mujeres son condiciones para hacer preparaciones de mejor calidad y sabor. Discursivamente, el trabajo doméstico alimentario puede ser llevado a cabo por cualquiera de los sexos, aunque preferentemente por las mujeres.

Tensión entre la ideología y la práctica del trabajo de cuidado alimentario: entre el deber ser y lo que es

En relación con el último modelo socializador, la segunda tensión refiere al sistema de creencias sociales que parece superponerse a las circunstancias concretas de vida de las personas. Ante las dificultades económicas y las escasas oportunidades y recursos que ofrece el contexto de las zonas rurales en estudio, los grupos familiares se ven obligados a ejecutar acciones o tomar decisiones que parecen estar al margen de sus creencias y valores, como lo es el hecho de enseñar intencionadamente a los hombres conocimientos alimentarios, para que estos los apropien y se responsabilicen del autocuidado alimentario, como ocurre con las mujeres.

Este reajuste ha venido en ascenso en los últimos años, particularmente en la vereda La Cuchilla donde la gran mayoría de hombres adolescentes/jóvenes al terminar la secundaria migran a municipios o ciudades aledañas con el ánimo de acceder a mayores niveles educativos (formación técnica, tecnológica, profesional) y/o acceder a empleos que representen remuneración económica estable. Igualmente, algunos hombres casados durante la época de cosecha o por la baja rentabilidad de la finca, se movilizan por períodos cortos de tiempo a otras zonas donde puedan emplearse.

Debido a ello, los varones jóvenes y adultos han tenido que desligarse de la red familiar y verse obligados a procurarse el autocuidado alimenticio, lo que les plantea una situación de conflictividad respecto a lo que son capaces de hacer para obtener su bienestar. En el momento que se requiere saber y poner en práctica cierto tipo de conocimiento, las personas logran darse cuenta del grado de apropiación [o no] que poseen de este. En razón del modelo de división sexual del trabajo, un número importante de varones no accedió a saberes alimentarios por cuanto las mujeres en

su familia (madre/esposa/hermana/abuela, otras parientes) o externas a ella (vecinas, empleadas) cubrieron tal necesidad; de ahí que cuando la situación de vida les exige *saber hacer* por sí y para sí, se ven limitados o se sienten ‘incapacitados’ para responder a ello. La sensación de incapacidad a la que se enfrentan los hombres cuando están solos y las restricciones que impone en cierto momento el contexto para que las mujeres los atiendan, conduce a que las madres se culpabilicen por no haber puesto al alcance de sus hijos este tipo de saber.

Esta situación ha generado que desde *el deber ser* algunos adultos o progenitores adultos en las familias discursivamente reconozcan como necesidad que los hombres accedan a saberes alimentarios, como estrategia para ganar **autonomía** y dejar la **dependencia** de las mujeres, más no como modificación estructural del sistema de creencias en cuanto las identidades de los sexos.

Hombres y mujeres de las familias entienden la dependencia como el estar sujeto a la acción y a la voluntad de otros (en este caso las mujeres) para resolver sus necesidades vitales, como la de satisfacer su necesidad biológica de alimentarse. Esta dependencia es construida y sostenida culturalmente por los fundamentos esencialistas que restringen el conocimiento y la participación masculina en el trabajo alimentario. La carencia o la debilidad de conocimiento para encarar la satisfacción de necesidades enfrenta a los sujetos a una disyuntiva que, según el tipo de pensamiento que prevalece, es resuelta de dos maneras (Tabla 3): se sostiene la *dependencia* de las mujeres o se accede al conocimiento para ganar *autonomía*.

Tabla 3. Justificaciones que los hombres y las mujeres dan para que los hombres aprendan saberes alimentarios, vereda La Cuchilla y El Llano municipio de Marmato (Caldas, Colombia).

JUSTIFICACIONES	AUTONOMÍA (Pensamiento Previsivo)		DEPENDENCIA (Pensamiento Tradicional)	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Personales	Autovaloración/ subvaloración	Evitar que sufran	Sujeto a la acción de las mujeres	Obligaciones familiares
Capacidad	Defenderse Decidir Controlar recursos y tiempos Credibilidad	Asumir vida propia Defenderse	Derecho atribuido/ asumido por la cultura	Derecho otorgado

Fuente: elaboración propia por parte del autor.

Una primera forma de resolver el desconocimiento culinario y la dependencia cultural de los hombres al cuidado alimentario está anclada en el pensamiento tradicional —que es el predominante— el cual sostiene la ideología y la práctica de género de forma inflexible. Allí, la *dependencia* está dada por el *sistema social y cultural* que otorga primacía de derechos a comportamientos y privilegios de los hombres en las familias y en consecuencia, los hombres los exigen y los demandan. Desde este pensamiento, los hombres jóvenes o adultos que viven solos y alejados de su grupo familiar de origen, prefieren no comer, alimentarse de productos pre-elaborados, y si tienen posibilidades compran alimentos en restaurantes o contratan una mujer que les prepare alimentos, antes que asumir tal labor. Para sostener esta dependencia y en caso de contar con familiares en las ciudades de recepción, algunos progenitores acuden a la red de apoyo familiar para garantizar que sus hijos puedan alimentarse adecuadamente. Si no se tienen familiares, la madre migra con sus hijos para procurarles el cuidado o viaja con cierta frecuencia para encargarse de los asuntos alimentarios y domésticos de sus hijos.

En el caso de los hombres casados que viven con su familia de procreación (conyugales, nucleares y algunas extensas) y los hombres solteros que se quedaron viviendo con sus familias de origen, la organización familiar responde a los preceptos culturales aprehendidos que estipulan la tradición de que las mujeres sean quienes cuenten con el *conocimiento* alimentario y que los hombres esperen ser atendidos por ellas. En consecuencia, ni aunque las mujeres dejen los alimentos listos para calentarlos y servirlos ellos se atienden, prefieren no alimentarse, buscar comida en casas de familiares o amigos e incluso comprar, antes que proveérselos por sí mismos.

La segunda forma de encarar la dependencia cultural de los hombres al cuidado alimentario, responde a un pensamiento que puede denominarse '*previsivo*', en tanto las personas justifican la importancia de aprehender saberes alimentarios como condición para afrontar dificultades o situaciones futuras que obliguen a tener este conocimiento. En esta forma de pensamiento, padres y madres jóvenes, y algunos padres adultos de familias nucleares, re-significan aquellas ideas y valores que han fundado la *identidad masculina y femenina* conforme a los nuevos cambios sociales y a las situaciones personales y familiares que han vivido en algún momento de su vida, indicando que los hombres ya no pueden supeditarse más a la acción de las mujeres en el hogar porque ellos cuentan con las capacidades y las habilidades necesarias para aprender y hacer trabajos alimentarios, sin que ello afecte la condición de masculinidad, como se ha creído históricamente.

Tal argumentación busca romper la dependencia creada por razones culturales y avanzar en la construcción de la autonomía del sujeto. En la concepción de las mujeres, enseñar saberes alimentarios a los hombres '*evita el sufrimiento*'; por su parte, los hombres consideran que aprender estos conocimientos es '*valorarse y defenderse por sí mismos*'.

Si bien hombres y mujeres pretenden replantear la dependencia masculina que la cultura ha creado en torno al cuidado alimentario en el hogar, la estructura mental preserva la ideología de género. En el caso de las mujeres, el cuestionamiento a la dependencia cultural de los hombres creada por la carencia de conocimientos culinarios es *coyuntural* y circunscrita a un momento particular de la historia de vida personal y familiar, más que una búsqueda por generar cambios estructurales sobre la condición y la posición de mujeres y hombres en la familia y la sociedad. Ellas consideran que además de las mujeres, los hombres deben saber hacer tareas alimentarias para ganar en autonomía personal: decidir y hacer qué, cómo y cuándo alimentarse sin esperar a que otros/as lo hagan; es decir, para que no *dependan* de una mujer. A esta situación de dependencia de los conocimientos culinarios de una mujer y la incapacidad inicial que sienten los hombres para actuar ante la necesidad de alimentarse es lo que las madres/esposas llaman '*evitar sufrir*'. El sufrimiento es producto de la incertidumbre que genera el desconocimiento. En contraposición, el acceso y la tenencia de conocimiento dan seguridad al sujeto para enfrentarse al medio, para '*defendersé*', evitando la sensación de impotencia e incertidumbre cuando no se dispone de los medios personales, familiares y sociales adecuados para procurarse bienestar.

En cuanto a los varones, el cuestionamiento a la creencia de que solo las mujeres accedan a saberes alimentarios apunta a modificar el comportamiento del saber y saber hacer por ambos sexos, aunque sosteniendo la condición y la posición privilegiada que ellos tienen en la familia y la sociedad. Es decir, la situación de conflicto a la que se enfrentan cuando deben procurarse autocuidado y bienestar, los conduce a replantear sus capacidades y aumentar su valoración personal. Ellos consideran que los hombres cuentan con las mismas capacidades y habilidades para desempeñar el trabajo doméstico alimentario y, por tanto, pueden y requieren aprenderlo para no tener que recurrir a las mujeres y estar subordinados a su acción dentro del hogar para obtener bienestar. Reconocer que pueden y tienen las capacidades para hacer esto es lo que ellos denominan '*valorarse a sí mismo*'; asimismo, confiar en sus capacidades para aprender y desarrollar una tarea permite la autonomía, independencia y libertad que caracteriza la identidad masculina sin continuar dependientes —como culturalmente se les ha formado— a que alguien las haga en su lugar.

DISCUSIÓN

Los procesos de socialización que tienen lugar en el espacio doméstico como ámbito de reproducción social, constituyen uno de los mecanismos para *sostener y/o modificar* el modelo de división sexual del trabajo que sostiene las desigualdades de

género al interior de las familias; sin embargo, cambios estructurales a la ideología y a la práctica de género requieren acompañarse de diversos agentes socializadores y diversas estructuras sociales.

Como pudo apreciarse en los modelos socializadores, actualmente las familias conformadas por **parejas adultos jóvenes** son las que logran tener una postura crítica y reflexiva de lo aprendido, lo que posibilita distanciarse y cuestionar el discurso social de las diferencias de género en la organización del trabajo doméstico alimentario. La emergencia de este pensamiento crítico en las nuevas generaciones obedece al impulso que ha tenido el discurso de derechos en las últimas dos décadas y la influencia ejercida por los cambios en la estructura y dinámica familiar que, con variaciones y particularidades, también inciden en las formas de vida de las familias rurales. A esto se agrega las restricciones del contexto económico —por las dificultades en la producción agraria y las escasas oportunidades de empleo en el medio rural— que se imponen sobre el sujeto y los grupos familiares forzándolos a desplegar medidas de supervivencia que superan el ideal del deber ser.

Ahora bien, las formas de organización de las tareas alimentarias asumidas por estas familias evidencian como eje central para el cambio en la práctica y la ideología de género el rol vanguardista de las mujeres gracias al papel protagónico que cumplen en el proceso de socialización con sus descendientes y/o parientes cercanos. En especial, parece ser que la experiencia directa de las consecuencias generadas por el cumplimiento de las tareas domésticas, alimentarias y de cuidado, en las que sus proyectos de vida personal se han visto relegados o inalcanzados se convierten en un motor que las impulsa a generar dispositivos de cambio con las generaciones futuras. Aspecto que cobra una significación distinta para los varones por cuanto su involucramiento en tareas alimentarias o domésticas, obligados por los condicionantes del contexto, tangencialmente moviliza su sistema de creencias, por lo que aventurarse a modificar las prácticas en el ordenamiento familiar les supone derrumbar su status de atribución de derechos, al que no quiere ceder.

El conflicto individual y familiar entre lo que se cree y lo que se hace, generado por la participación de los hombres adultos en tareas alimentarias podría constituir —y hasta cierto punto constituye— un dispositivo para la transformación de la ideología familiar y social que cimienta las desigualdades de género. En primer lugar, porque pone en tensión el poder existente en las relaciones entre los sexos al interior de la familia y las implicaciones que el acceso a cierto tipo de conocimientos y recursos han tenido para el desarrollo humano de unos y otras. En segundo lugar, porque la cotidianidad del sostenimiento de la vida confronta a los sujetos y les demanda nuevas actuaciones y respuestas a las situaciones que emergen, que en el largo plazo incidirá en la superestructura social.

Sin embargo, llama la atención que pese al papel vanguardista de las mujeres en la enseñanza de prácticas alimentarias comunes a los sexos, su pensamiento

continúa centrado en los intereses y el bienestar de los *hombres* antes que en los suyos propios. Los motivos por los cuales ellas enseñan saberes alimentarios no tienen una intencionalidad de alcanzar igualdad, porque desde su condición de madres/esposas no perciben desigualdad en la diferencia del desempeño de labores alimentarias, ni les representa ‘*cargas*’ o subvaloraciones. Su preocupación se centra en el bienestar del hombre para reforzarles su primacía conforme a lo que se espera de una buena ‘esposa’ en tanto depender de un saber específico como este los ubica en una condición de subordinación que no es propia de la identidad masculina. Asimismo, y acorde con la lógica de pensamiento masculino, los hombres piensan en sí mismos y en lo que pueden llegar a ser y hacer ante situaciones coyunturales y fuera del estándar social, para mantener así su predominio en relación con las mujeres y su primacía como seres independientes y autónomos.

Las divergencias en el pensamiento corresponde a los aspectos que Gilligan (1985) en su momento catalogó como la ética el cuidado, en el que destaca que el juicio moral femenino es más contextual, inmerso en los detalles de las relaciones y con una mayor propensión a adoptar el punto de vista particular de los otros (Comins 2008; Bonilla y Trujillo 2005; Salazar 2004) y reconoce que la diferencia y la identidad de género son aspectos que denotan particularidades en el pensamiento moral no como características innatas, sino como la resultante de procesos históricos de la división sexual del trabajo donde a las mujeres se les ha otorgado una mayor preponderancia en el rol de cuidar.

Desde otro lugar, en contextos rurales como el de este estudio, el trabajo de cuidado alimentario es una de las principales labores —sino la principal— sobre el que las mujeres han erigido su identidad como madres y esposas, y con la que han alcanzado valoración personal, familiar y social; de ahí que en el aprendizaje o la participación de tareas alimentarias a las generaciones futuras o a los hombres adultos lo que realmente se busca es ofrecer condiciones para que ellos mejoren su calidad de vida por fuera de su hogar, no en el suyo propio por cuanto este es el territorio de poder y dominio que las madres y esposas poseen en el ámbito doméstico, ellas sienten que allí tienen y ocupan un lugar de reconocimiento al cual procuran acceder y mantener como manifestación de plenitud y logro de vida.

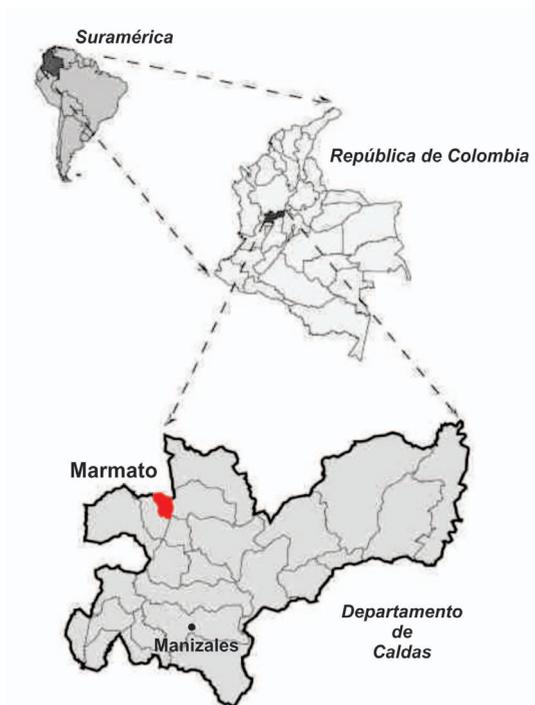
Vistos en conjunto, puede decirse que las relaciones de dependencia existentes entre hombres y mujeres mantienen las desigualdades sociales de género y la lucha de poder por obtener reconocimiento a lo que cada uno es y hace. Los hombres dependen del saber alimentario y doméstico de las mujeres para el sostenimiento de la vida individual y de su prole; las mujeres dependen de los ingresos económicos que provean bienes y servicios básicos de condiciones de vida para ellas y su familia; es un juego en el que cada uno participa desde lugares distintos con un propósito común: alcanzar el bienestar para sí y los suyos. Por otro lado, en las familias constituidas por parejas de generaciones jóvenes empiezan a emerger algunos cambios en el plano de

la *acción* más que en el plano ideológico, que buscan introducir prácticas de relación más igualitarias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Berger, Peter y Thomas Luckmann. [1968] 2001. *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Bonilla, Álvaro y Sergio Trujillo. 2005. *Análisis comparativo de cinco teorías sobre el desarrollo moral*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Contreras, Jesús y Mabel Gracia. 2005. *Alimentación y cultura. Perspectivas antropológicas*. Barcelona: Ariel.
- Comins, Irene. 2008. *La ética del cuidado y la construcción de la paz*. Madrid: Fundación Cultural de Paz, CEIPAZ.
- S.a. 1996. Cuadernos de Familia No. 8. Manizales: Universidad de Caldas.
- DANE. 2005. Censo de población. http://www.dane.gov.co/daneweb_V09/index.php?option=com_content&view=article&id=307&Itemid=124 (Recuperado el 4 de Marzo de 2010).
- Daly, Mary & Jane Lewis. 2000. The concept of social care and the analysis of contemporary welfare states. *British Journal of Sociology* 51 (2): 281-298.
- DeVault, Marjorie. 1991. *Feeding the Family. The social organization of caring as gendered work*. Chicago: Chicago University Press.
- Esquivel, Valeria. s.f. La economía del cuidado: un recorrido conceptual. Documento de trabajo, Universidad Nacional General Sarmiento.
- Gilligan, Carol. 1985. *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gracia, Mabel. 1996. *Paradojas de la alimentación contemporánea*. Barcelona: Icaria Editorial, Institut Català d'Antropologia.
- Mennell, Stephen, Anne Murcott & Anneke van Otterloo. 1992. *The sociology of Food: Eating, Diet and Culture*. London: Sage Publications.
- Restrepo, Dalia. 1999. *Desigualdad de género. Privilegios y derechos culturales en familias de Caldas*. Premio Nacional de Ensayo Académico, Alberto Lleras Camargo. Bogotá, ICFES.
- Salazar, Edy. 2004. *Cuidado y género: debate moral*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- Tronto, Joan C. 1993. *Moral Boundaries. A political argument for an ethic of care*. New York: Routledge.
- Zelizer, Viviana. 2009. *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Anexo 1 Ubicación geográfica del municipio de Marmato (Caldas, Colombia)



Tomado de Ramírez Guerrero, Mónica, (2010).